

había de conseguir la sumisión de los griegos y de los armenios al Papa, y arrojar á los seldyucidas del Asia Menor, para avanzar hasta Jerusalem y demás ciudades de la cristiandad. Durante el año 1074 excitó á los fieles por medio de varias cartas á que prestasen su concurso á esta empresa. También logró reunir un ejército de 50,000 hombres, á cuya cabeza pensaba inaugurar la campaña por sí mismo; pero antes que esto se realizase, distrajeron completamente su atención los cuidados y trabajos del Occidente, en especial la lucha á la sazón incipiente con el rey Enrique de Alemania, viéndose entre tanto forzado á abandonar á su suerte á Constantinopla y Jerusalem.



El papa Gregorio VII. Facsimile tomado de la crónica *De pasagiis in Terram Sanctam*, que se halla en Venecia (1).

Desde esta época, sin embargo, quedaba ya abierta la puerta, por la cual podían marchar los ejércitos cristianos contra el islamismo. Los emperadores bizantinos se hallaban para lo sucesivo, en la más peligrosa situación, y pronto debían volver de nuevo sus ojos al soberano espiritual de Occidente. Los sucesores de Gregorio tuvieron el mismo interés que éste en prometer auxilios; y las mismas tendencias iniciadas en el seno de la cristiandad de la Europa occidental empujaban además en este mismo sentido y se desarrollaban en proporciones cada vez mayores.

Las naciones latinas, lo mismo que las germánicas, se hallaban á la sazón en un estado de exuberante vigor juvenil, que amenazaba llevar al exceso la población de un modo casi increíble y en todos los lugares. Hasta qué grado llegó esto, no es fácil determinar por números; pero la sola circunstancia de que posteriormente fueron á las cruzadas ejércitos numerosos y valientes, en su mayor parte, perdidos para la patria, sin dejar en ella vacíos notables, da una prueba de que las diezmasdas filas se volvían á cubrir con gran rapidez. Agréguese á esto, que aun no había pasado la época de la peregrinación en las razas del extremo Norte, esto es, en los escandinavos y normandos, antes bien la antigua tendencia á las trashumaciones se mostraba aun tan activa como fecunda en resultados. En un principio estos normandos cruzaron los mares y entraron á saco en las costas solo como piratas; pero después se establecieron en Francia, y desde allí al poco tiempo se encaminaron al Sur de Italia y á Inglaterra y conquistaron aquellos países. Fundaron además en las vastas llanuras del Este de Europa principados rusos, y en masas compactas (con el nombre de Warangas ó Waregas) se adelantaban como un torrente en dirección á Constantinopla, donde por su gran valor servían á los emperadores de excelentes soldados. La consecuencia de esto fué, que los normandos no solo se entregaron á empresas militares y de conquista en muchos sitios, según se les iban presentando nuevas ocasiones, sino que la más viva excitación se apoderó de la fuerza viril excedente de todo el Occidente, la cual ardía en vehementes deseos de emprender aventuras caballerescas, para ganar rico botín en favor de la patria, ó establecerse en el extranjero y tomar castillos, ciudades y reinos. Este arrebato guerrero se dirigió, después de no interrumpidas y largas luchas entre el cristianismo y el islamismo, contra el territorio del último.

■ A principios del siglo XI se dijo en el Mediodía de Fran-

(1) El manuscrito *De pasagiis in Terram Sanctam* no es ciertamente coetáneo de las cruzadas, pero se escribió muy poco después de ellas. Nosotros tomamos de este antiquísimo manuscrito muchos grabados parecidos al presente que se irán viendo en adelante.

cia, que las armas cristianas no solo debían combatir á los infieles que estaban próximos, sino atacar también al Oriente mahometano; y en la época de Gregorio VII estuvo en boga la lucha, igualmente espontánea, de los caballeros contra el islamismo de todas partes. Los condes y señores de Borgoña, Aquitania y Normandía ayudaron á los príncipes de España con contingentes cada vez mayores, primero, para ensanchar victoriosamente sus dominios y después para defenderlos contra los almorávides. Alemanes, franceses y anglo-sajones en unión con los varegas fueron al encuentro de los seldyucidas en el Asia Menor, y los normandos de Italia bajo la inteligente dirección de Roberto Guiscardo y de su joven hermano el conde Roger, arrebataron á los árabes poco á poco toda la Sicilia en la larga y ardua lucha, que duró hasta la primera cruzada. A la vez que estos ejércitos caballerescos, se crearon las burguesías de las ciudades marítimas de Italia, á la sazón tan florecientes: Amalfi y Venecia hacia tiempo comerciaban en grande escala con bizantinos y árabes. Por espacio de sesenta años, del siglo XI, poseyó Amalfi, según parece, colonias comerciales en Constantinopla, Jerusalem y Antioquía y estuvo en activa correspondencia mercantil con las ciudades industriales de la costa de Trípoli y Túnez; pero al lado de las pacíficas relaciones, que por este medio se formaban entre los cristianos y musulmanes, se veía también la participación que tomaron aquellos en el general movimiento guerrero contra el islamismo. Sobre todo los pisanos y genoveses visitaban en atrevidas excursiones las islas del seno occidental del mar Mediterráneo junto á las costas de España y Norte de Africa, y sacaban de ellas inmenso botín. En el año 1087 el papa Víctor III exigió de ellos una empresa mayor; conquistaron después la doble ciudad de El-Mehdia-Zuila en territorio tunecino, libertaron á muchos prisioneros cristianos y obligaron á los habitantes á pagar tributo, y reconocer la soberanía del papa.

■ Si los acontecimientos se hubieran desarrollado tan solo en este sentido, tal vez el islamismo hubiese sufrido mayores pérdidas, como sucedió posteriormente. El ardiente deseo de luchar, vencer y recoger botín y de apoderarse de castillos, ciudades y territorios, ya por sí solo ofrecía un gran peligro para la dominación de los almorávides y de los seldyucidas; sobre todo, si las masas guerreras y aventureras de Occidente hubieran continuado animadas de un espíritu superior y de un ideal y unas tendencias como las de Gregorio VII. Pero en la cristiandad romana, desde el jefe hasta el último lego, se extendió en aquel tiempo otra idea, en virtud de la cual, debía llevarse á cabo la lucha contra el islamismo de un modo milagroso y que burlase toda previsión por un lado, pero por otro con elementos, que hacían otra vez dudoso el éxito.

■ El ascetismo de la Edad media fué el que ejerció esta influencia; pues en la misma época en que nacieron aquellos ideales teocráticos, la vida toda de la Europa cristiana del Occidente, se internaba por las vías espirituales: en otro tiempo las tendencias eran distintas en este punto. Los esfuerzos para establecer la teocracia hubieran sido completamente infructuosos sin la profunda exaltación religiosa de las masas populares, que á su vez se encumbraban merced al reciente poderío de la Iglesia. Los impulsos exteriores, como la decadencia del poder civil, la situación azarosa de la guerra, el hambre, la peste y, hacia el año 1000, hasta muy entrado el siglo XI, el pánico temor del próximo fin del mundo y de la inminente llegada del juicio final, fortalecieron la corriente espiritual en todas partes: por esto se apoderó de los seglares, lo mismo que de los clérigos, el sentimiento de la más abyecta debilidad al contemplarse como

réprobos y cargados de pecados. Los príncipes abandonaban sus castillos y se hacían monjes para aproximarse más á la salvadora gracia de Dios; los monjes abandonaban sus claustros, donde el ruido del mundo les angustiaba en extremo, y como anacoretas, en áspero desierto, se esforzaban por alcanzar el perdón de sus culpas. Todos en número infinito oraban, ayunaban y se disciplinaban, hasta que en la hora de la más profunda contrición una visión celestial les anunciaba que sus pecados les habían sido perdonados.

Esta corriente espiritual se apoderó uno tras otro, de los círculos de la vida de la época. En el Sur de Francia y mientras duró la agitación de la guerra, surgió la idea de mantener la paz en la tierra en honor de Dios en determinadas épocas, y así se vino á parar á la «Paz de Dios,» á la *Tregua Dei*, según la cual debía cesar todo combate, cuatro días á la semana, empezando desde el jueves por la tarde hasta el domingo por la mañana. La lucha con el islamismo tenía por su naturaleza y origen muchos puntos de contacto con el ascetismo; pero lo que obraba con más fuerza y decisión era el carácter que paulatinamente tomaron las peregrinaciones.

Efectivamente, siempre se hicieron viajes á los lugares de santo recuerdo para la cristiandad; y ya los cristianos habían visitado con piadosa emoción, en los tiempos más remotos, los lugares de la Palestina, «donde descansaron los pies del Señor,» pero después, la Iglesia señaló el mérito de las peregrinaciones; y desde entonces la tendencia ascética vivió en las penas, coste y peligros, que los peregrinos tomaban sobre sí, una obra de penitencia muy agradable á Dios, y atribuyó la virtud de perdonar los pecados á los lugares especialmente bendecidos, y al contacto de las reliquias de los santos. Desde aquella época, y sobre todo, en el trascurso del siglo XI llegaron á ser las peregrinaciones un importante factor en la vida de la Edad media cristiana. Por eso todos los años se encaminaban muchos miles de personas á las ermitas de María, á Santiago de Compostela, y especialmente á Roma, á los sepulcros de los apóstoles San Pedro y San Pablo, á las cadenas de San Pedro, cuyas limaduras obraban milagros, á los fragmentos de la Cruz Santa, á las imágenes de Jesucristo y de la Madre de Dios, en una palabra, á las innumerables reliquias, que la piadosa creencia veía allí reunidas. Pero otros muchos tomaron sobre sí la más alta y arriesgada empresa «marchando por mar» en dirección á Palestina, donde había vivido y muerto el Salvador, y donde, según la tradición, se podían seguir, paso por paso, las huellas de sus actos.

Los escandinavos tenían una posición especial en estos asuntos: iban con predilección, no á Roma, sino á Constantinopla, porque allí estaban sus compañeros de raza al servicio del emperador, y también se exponían innumerables reliquias á su veneración. Pero respecto de la peregrinación «por mar,» el deseo que había despertado en ellos la enseñanza cristiana, se amalgamó en su pecho con la oscura tradición pagana; pues en el lejano Oriente, donde el sol nace, estaba para ellos situado el dichoso país del Asia, con la santa ciudad de Asgard, en la cual no reinaba la muerte, sino una celestial claridad y la vida eterna circundaban á los peregrinos. Allá, hacia Jerusalem, les llamaba cuanto en ellos vivía en punto á ideas religiosas.

En el siglo XI encontramos, entre otros muchos, en Palestina, una larga serie de obispos italianos, franceses, ingleses y alemanes, y después un rey noruego, un príncipe danés, un duque de Normandía, y condes de Barcelona, Tolosa, Anjou, Luxemburgo, Flandes, Holanda y Kent. Estos ilustres señores viajaban en su mayor parte con un séquito brillante; otros se les unían, y de este modo se iban for-

mando poco á poco grupos de peregrinos por cientos y por miles. La mayor de estas peregrinaciones se puso en camino el año 1064. Tenía 7,000 hombres, según los datos más exactos, y comprendía alemanes é ingleses; iba dirigida por Siegfredo arzobispo de Maguncia y también por muchos obispos y señores alemanes, y por el abad Ingulfo de Croyland. Los peregrinos lograron el fin de sus ardientes deseos, pero solo después de terribles luchas, que causaron á la mayor parte de ellos una temprana muerte.



El emperador Alejo, según un manuscrito griego del Vaticano

■ Cuando los hombres del Occidente llegaron á Jerusalem, se apoderó de ellos naturalmente un doble sentimiento: no solo experimentaron el más vivo entusiasmo, cuando lograron la dicha de poder orar en el sepulcro del Señor, sino que á la vez penetró en ellos un ardiente y concentrado furor, porque los enemigos de su fe eran dueños de los Santos Lugares; y así se explica que el piadoso impulso del corazón les llevara por sí mismo al deseo de la lucha. El ascetismo y la tendencia guerrera de la época se tocaban y fundían uno en otro, como se hizo palpable en muchos puntos, en que cristianos y musulmanes estaban en guerra. En Sicilia, por ejemplo, se apareció por primera vez á los ánimos exaltados San Jorge, patron de los guerreros y de los peregrinos, montado en un caballo blanco; y ya entonces solo se necesitaba algún impulso exterior para provocar una terrible explosión militar espiritual, un movimiento extraordinario de pueblos del Occidente contra el Oriente.

Los seldyucidas dieron por fin ocasión, y en doble forma, á este impulso; pues, por los años de 70 á 80 del siglo XI se apoderaron de casi toda la Siria, que había estado sometida á los califas fatimitas de Egipto por espacio de un siglo próximamente (1).

Los cristianos sirios y los peregrinos occidentales tuvieron que sufrir repetidas vejaciones bajo el fanatismo y codicia de los fatimitas; pero después de la caída de estos, las vejaciones y actos de violencia fueron tan terribles, que motivaron la excitación (arriba mencionada) que el papa Víctor III di-

(1) También Antioquía, donde habían dominado los griegos diez siglos, cayó á la sazón (1084) en poder de los seldyucidas.

rigió a los pisanos y genoveses el año 1087, cuyo resultado fué la toma de El-Mehdia-Zuila. Por otra parte los seldyucidas se mantuvieron firmes en todas las partes del Asia Menor, y provocaron de este modo, antes que nadie, el levantamiento general de la cristiandad romana para la primera cruzada.

El débil emperador bizantino Miguel VII, que en vano había pedido auxilio al papa Gregorio, fué destronado el año 1078, y dos de sus generales se coligaron contra él; Nicéforo Briennio en Andrinópolis y Nicéforo Botoniates en Nicea. El último triunfó, y gobernó como emperador desde 1078 hasta 1081. Su principal apoyo en un principio fué el muy esclarecido é ilustre varón, Alejo, oriundo de la familia de los Comnenos, que había dado al imperio varios hábiles generales y hombres de Estado, y también un excelente emperador que reinó breve tiempo (Isaac Comneno 1057-1059). Sin embargo, pronto nació una tirantez hostil entre Nicéforo Botoniates y Alejo: el Comneno huyó de la corte y reunió precipitadamente un ejército que se apoderó á traición de la capital en 1.º de abril de 1081, y fué coronado emperador al día siguiente.

Con él comenzó un reinado que aplazó por mucho tiempo la ruina del imperio bizantino; porque Alejo era valeroso y activo, prudente y ávido de gloria, y sobre todo inquebrantable en la desgracia. Apenas subió al trono, restableció las severas costumbres de los primeros tiempos en el palacio imperial, con ayuda de su madre, y en seguida marchó al encuentro de los seldyucidas. No tardó en rechazar mas al interior del Asia Menor á los enemigos, que á la vista de Constantinopla asolaban las playas del Bósforo, y hasta logró recuperar las costas bizantinas. Tal vez á este principio hubiera seguido inmediatamente la apetecida continuación, si precisamente entonces las recientes fuerzas del antiguo imperio no hubiesen tenido que dirigir toda su atención á otra parte.

En efecto, en aquel fatal momento crítico, en que la cristiandad romana debiera haber apoyado resueltamente y no creado dificultades á los Comnenos, desembarcaba el duque de Normandía, Roberto Guiscardo, con un poderoso ejército en las costas de la Iliria, alentado por la ambición de agregar algunas provincias bizantinas á su territorio italiano. Alejo salió valerosamente al encuentro del nuevo enemigo, para combatirle con todos los medios que él y su país poseían; las tropas fueron equipadas y adiestradas con gran esmero; las joyas de la familia imperial y hasta los objetos destinados al servicio de las iglesias fueron convertidos en moneda cuando no alcanzaba la que tenían; los venecianos, que veían con envidia el creciente poder de los normandos, recibieron completa libertad de comercio en la capital y en las provincias y dispusieron sus escuadras para tomar parte en la guerra contra el duque; finalmente todos los demás enemigos de Guiscardo en Italia y luego varios de sus oficiales fueron sobornados con el oro, con objeto de que volvieran sus armas contra él, ó desertasen de su ejército y se pasasen al emperador. Por este medio, despues de algunas batallas dadas con varia fortuna, logró Alejo contener á los normandos que habían penetrado hasta el corazón del imperio, y les fué rechazando poco á poco hasta las costas en que habían desembarcado; y cuando el temible adversario, duque Roberto, murió en julio de 1085, sus hijos desistieron por completo de una guerra que consideraban desesperada.

Pero apenas fué conjurado este peligro por el nuevo gobierno de Comneno, cuando los feroces petschenegos, emparentados por raza con los seldyucidas, que habían salido del interior del Asia, hacia tiempo, y desde sus guaridas en el bajo Danubio causaban mil molestias al imperio bizantino, renovaron las antiguas hostilidades, llevando la desola-

ción y la ruina al través de los valles de la cordillera de los Balkanes y avanzando hacia el interior de la Tracia. Alejo tuvo que soportar la dura necesidad de la guerra, y despues de varios años de lucha, se dió la sangrienta y decisiva batalla de Lebunion, abril de 1091, en la cual fué exterminado el pueblo de los petschenegos no quedando de él mas que insignificantes restos.

Por fin, entonces pudo el emperador dirigirse contra los seldyucidas, y en una coyuntura en que la situación de estos no era muy halagüeña. Alp-Arslan, el vencedor de Menzikert y su hijo y sucesor Malikschah (1071-1092) habían conquistado como grandes héroes guerreros inmensos territorios, pero no pudieron fundar un Estado fuertemente unido. Los generales y lugartenientes de las provincias, parte de los cuales procedían de la casa de los mismos sultanes, pudieron gobernar á su antojo, y pronto se hicieron príncipes independientes. Agréguese á esto que, despues de la muerte de Malikschah se declararon una sangrienta guerra sus hermanos é hijos con motivo de la sucesión. El hijo mayor, Barkyarok, se posesionó de hecho de la sultanía; pero no pudo impedir que se deshiciera la unidad del imperio una vez mas; y en especial el territorio de las provincias occidentales se dividió en multitud de emiratos mas ó menos grandes. Kilidsch Arslan dominaba á la sazón el núcleo del Asia Menor y las capitales de Nicea é Iconio; pero á su lado y sobre todo en las ricas comarcas de la costa, muchos pequeños jefes guerreros fundaron principados independientes.

Este desmembramiento de la sultanía no sirvió de gran cosa á los bizantinos; porque las temibles guerras del último decenio habían agotado sus fuerzas en hombres y en dinero, al paso que los seldyucidas habían hecho entre tanto su agosto estableciéndose firmes en el Asia Menor. Verdad es que Alejo se esforzó por aumentar sus recursos, sacando tributos á sus súbditos sin ningún género de contemplaciones, ya que la precaria situación así lo exigía, y en lo demás, sin embargo, veló por la buena administración, haciendo que se cumpliesen los deberes civiles, y á la vez echando las bases de la prosperidad pública. También procuró quebrantar á los enemigos, ora por medio de hábiles negociaciones, ora en lucha abierta, y en efecto, tuvo la fortuna de recuperar varias plazas fuertes en las costas del Sur de la Propóntide (Mar de Mármara) con mas, algunas islas del mar Egeo (Mar de Levante), sobre todo las de Lesbos, Chio y Samos, en las que también se habían establecido de un modo permanente los seldyucidas. Pero estos pequeños resultados fueron todo lo que el emperador pudo conseguir. ¿Podía él tranquilizarse con esto? ¿Debia abandonar definitivamente á los seldyucidas los extensos territorios de que se habían apoderado desde la batalla de Manzikert? Era realmente cuestión de vida ó muerte para todo el imperio bizantino el que se recuperase ó no, por lo menos, el Asia Menor; pues Constantinopla y Atenas estaban continuamente amenazadas, mientras los emires seldyucidas estuviesen en posesión de las costas de aquel territorio. Era preciso desalojarlos; Nicea é Iconio debían recibir de nuevo guarniciones cristianas, si se había de lograr por otra parte el estar bien preparados para hacer una constante resistencia al ímpetu del islamismo y al oleaje de los pueblos, que de tiempo en tiempo se desbordaban con salvaje deseo de asolarlo todo, desde el interior del Asia.

Esto no obstante, el Asia Menor no se podía emancipar con sus propias fuerzas; por cuya razón Alejo se resolvió á tomar una medida, que adquirió celebridad en la historia del mundo. Se decidió á pedir la ayuda del Occidente romano, del mismo modo que ya lo había intentado su antecesor Miguel VII. Dirigióse en su consecuencia al papa Urbano II, en el año 1095, no con la idea de que se le mandaran dos divisiones de tropas asalariadas, como las que hacia mucho tiempo tenia á su servicio procedentes de todos los territorios señoriales, sino con el ardiente deseo de obtener el fuerte apoyo que podría proporcionarle el poderoso jefe espiritual del mundo romano.

## CAPITULO II

### PRIMERA CRUZADA (I).—EL PAPA URBANO II

Veinte años habían trascurrido desde que Gregorio VII concibiera el sabio plan de salir á campaña á la cabeza de los leales fieles de San Pedro contra los seldyucidas, empresa que no se realizó entonces porque el Papa, apenas había

(1) La historia de la primera cruzada no se puede tomar ya, según se ha indicado arriba, de la historia de las cruzadas escrita por Wilken: el mejor libro para el estudio de la primera cruzada es la «Historia de la primera cruzada» de H. v. Sybel, Düsseldorf 1841. Kugler ha continuado despues la investigación en su obra «Los Comnenos y los Cruzados» inserta en la revista histórica de Sybel, vol. XIV, 1865, y lo mismo hizo Hagenmeyer en su «Ekkhardi Hierosolymitas» Tubinga 1877 y en su «Pedro el Ermitaño, Leipzig 1879.» Los libros de Hagenmeyer contienen gran abundancia de preciosos materiales; sobre todo el «Hierosolymitas» es de gran mérito, no solo porque está reproducido el pequeño escrito de Ekkhard, que lleva este nombre, sino también por las notas críticas, que el editor ha añadido. Fuera de estos libros, son dignos de atención en primer término, los tratados especiales de las ya mencionadas obras de Riant y de Rohricht sobre las peregrinaciones de los escandinavos y de los alemanes y también los trabajos de Finlay, Hopf, Hertzberg, Weil, Heyd, etc., todas las cuales, que contienen cuanto se ha podido decir en este asunto, constituyen la base de los capítulos siguientes de la presente obra. La altísima importancia, que la primera cruzada, como primera en su clase, ha adquirido en la historia y en la tradición, tanto á los ojos de los contemporáneos como á los de la posteridad, necesita una observación mas amplia, la cual se ha hecho extensiva por excepción á los escritores principales coetáneos á esta peregrinación. Poseemos una serie de pequeñas crónicas excelentes, imparciales y escritas con reflexión en su mayor parte, las cuales fueron compuestas por algunos de los que tomaron parte en las cruzadas, como las *Gesta Francorum et aliorum Hierosolymitanorum* de un normando anónimo, las del provenzal Raimundo de Agiles, del francés del Norte Fulcher de Chartres, etc. Veinte años despues escribió Alberto de Aquisgram una crónica muy extensa de la guerra santa (1095-1121). Entre otras cosas, expuso con gran sencillez la multitud de tradiciones que se formaron, entre tanto, acerca de las hazañas y padecimientos de los cruzados, sobre todo de Pedro de Amiens y de Godofredo de Bullon. Finalmente en el año 80 del siglo XII un varón de grandes conocimientos y superior cultura, el arzobispo Guillermo de Tiro, compuso una historia muy detallada del reino de Jerusalem que comprende hasta el año 1184, en la cual se ha tratado de llevar á cabo el enlace legendario de Alberto de Aquisgram con la fidedigna narración de aquellas antiguas pequeñas crónicas. Este ensayo de unión, que naturalmente era una empresa absurda y no daba ni tradición ni historia, constituyó sin embargo hasta Sybel, el fundamento para la mayor parte de las narraciones de la primera cruzada, y determinó despues el juicio que sobre las siguientes cruzadas formaron los historiadores. Grande fué pues el mérito de Sybel, al establecer por primera vez con razones fundamentales la verdadera relación de la tradición legendaria y de la históricamente verídica, esto es, rechazar en toda su extensión á Alberto de Aquisgram, y en debida proporción hacer lo mismo con Guillermo de Tiro y dar finalmente el lugar que merecen á aquellas pequeñas crónicas antiguas. Hoy no estamos ya enteramente en el mismo punto de vista de Sybel, el cual parece que fué mas allá de lo justo al rechazar los relatos de Alberto. Pero debemos sostener el método que usó, y tratar de separar las tradiciones falsas de las verdaderas, profundizando el asunto mas de lo que se podía hacer cuarenta años há. Para esto es necesaria ante todo una crítica extensa de Alberto de Aquisgram, trabajo, del que se encuentran algunos principios resueltos en la novísima literatura. Además de las obras, que sirven de fuentes, escritas en latin, en las cuales se apoya exclusivamente la historia de la primera cruzada por Sybel, poseemos ahora abundantes series de canciones en la antigua lengua francesa: «Le chevalier au cygne et Godfroid de Bouillon», publicado por Reiffenberg en el «Monum. pour servir á l'histoire de Namur etc.

comenzado á hacer los preparativos para la guerra de Oriente, cuando se vió obligado á concentrar en Occidente toda su fuerza, para defender la moderna teocracia papal. Finalmente, fué vencido en la contienda y murió como un fugitivo lejos de Roma. Las cosas estaban de distinta manera en el momento que historiamos. Urbano II, que ocupaba la silla de San Pedro desde el 12 de marzo de 1088, estaba poseído de los mismos ideales teocráticos que Gregorio; pero dotado de un espíritu mas flexible que su gran antecesor, evitó dar nuevo pábulo á la oposición del poder temporal, y no exacerbarla con maneras demasiado bruscas, y precisamente por este medio consiguió la victoria. En el año 1094 pudo contemplar con satisfacción toda la extensión del territorio cristiano obediente á Roma. Inglaterra y Francia, España y Alemania se inclinaron á su dominador influjo. El rey Felipe, que había excitado la cólera de la Iglesia con el rapto de la hermosa Bertrada, esposa del conde Fulco de Anjou, se vió amenazado á la sazón con los mas fuertes castigos, y el emperador Enrique IV estaba tan profundamente humillado, que apenas parecia posible que se volviera á elevar al antiguo poderío, ni aun que continuase de una manera seria la lucha contra la supremacía del Papa.

Pero Urbano no pensaba dormirse sobre sus laureles. Era de ilustre linaje, oriundo de Francia, y la peculiar tendencia bélico-religiosa de la época, que entre los franceses llegó á su mas alto grado de desarrollo, se apoderó completamente de él, lo mismo que de sus paisanos y compañeros. Aun era bastante jóven, de unos 50 años, para tomar á su cargo, confiando en sus propias fuerzas, la solución de los nuevos y grandes problemas; por esto accedió espontáneamente á la excitación que recibió del lejano Oriente.

En los primeros dias de marzo de 1095 celebró un gran sínodo en Piacenza, al cual asistieron 4,000 eclesiásticos y 30,000 seglares: en él se resolvieron cuestiones de disciplina eclesiástica; se tomaron acuerdos contra el rey Felipe y contra el emperador Enrique, y ante todo fueron oídos los embajadores del emperador Alejo que habían llegado de Grecia con objeto de pedir auxilios al Papa y á todos los cristianos contra los seldyucidas del Asia Menor. A continuación Urbano exhortó á los fieles á que socorriesen á los bizantinos, y en el acto le prometieron muchos marchar á Constantinopla á pelear contra los enemigos de la Cruz.

Desde Piacenza se encaminó el Papa á Francia pasando los Alpes en el verano de 1095; atravesó en son de triunfo una gran parte de este país y se dirigió por último á Clermont, en la Auvernia, á fin de celebrar allí otro gran concilio desde el 18 de noviembre, en el cual, en primer término, se tomaron como en el anterior varias determinaciones puramente eclesiásticas. Despues fué excomulgado el rey Felipe en su propio país; se aceptó la Paz de Dios (Tregua de Dios) como ley general de la Iglesia y finalmente, el 26 de noviembre, se reunió la asamblea, que había de asegurar

2 divis. » «Légendes historico-poétiques, t. IV-VIII. Bruxelles 1846-1850; además: Paulin Paris, «La Chanson d'Antioche», 2 tom. Paris 1848, y C. Hippeau, «La conquête de Jérusalem», Paris 1868. Estas series de canciones, además del pintoresco juego de la leyenda y del estro poético, contienen algo verdaderamente útil para la historia. Sin duda alguna fueron compuestas en la forma que hoy tienen mucho tiempo despues de la primera cruzada; pero es todavía problemático el cuándo nacieron propiamente, si bien sería difícil demostrar, que muchas canciones aisladas de estas series no fueron escritas de muy antiguo y tal vez durante la primera cruzada, adonde convergen todas las conjeturas. Véase Sybel «Traditions y poesías sobre la primera cruzada» insertas en la *Revista general semanal de la ciencia y la literatura*, Kiel, desde julio á diciembre de 1851. Sybel «De la historia de las Cruzadas», trabajo impreso en las «Conferencias científicas celebradas en Munich en el invierno de 1858», Brunswick 1858. Hagenmeyer «Pedro el Ermitaño», especialmente en las páginas 314 y siguientes.